Lynn Eib



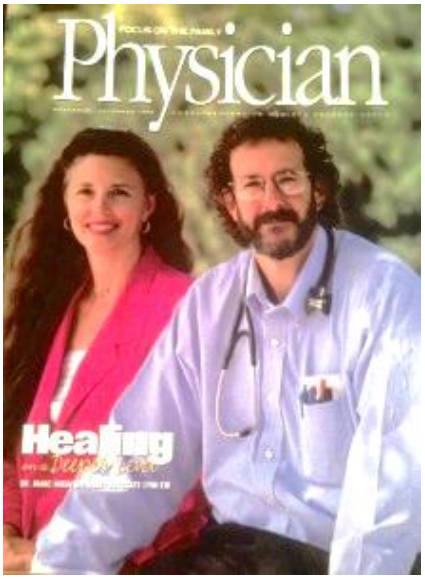
I should have been the picture of wellness. I was 36, happily married with three wonderful daughters. I didn't smoke or drink and was considered a "health nut" when it came to my eating habits. I had been exercising regularly for years. I looked fine and felt fine … but I was slowly dying inside.

June 27, 1990 was the day my world came crashing down. A doctor stood at my bedside after examining my colon with a lighted scope and told me he had found a tumor. "Do you think it's cancer?" I blurted out. He nodded affirmatively as his eyes filled with tears.

I can still see my husband's ashen face as he stood at the foot of the bed. I knew that this was his worst nightmare revisited as some 20 years earlier a doctor had stood by him and his first wife telling them she had Lou Gehrig's disease. I began to sob and yell "no" as if somehow the force of my words would make my diagnosis not true. There are no words to describe how it feels to be told that you have cancer when your daughters are 8, 10 and 12, and your husband has already watched one wife die a slow, debilitating death. Shocked and devastated are too mild.

I entered the hospital 3 days later, praying God would miraculously take away the tumor and imagining how I would go on television with my healing story. At other times I imagined the cancer was rampant throughout me, and they would close me back up without a word. Neither of those extreme scenarios came to pass. Instead, the tumor was removed and my colon re-sectioned. If the cancer was caught in the early stage, I would be considered cured and no further treatment would be needed. If it was advanced, I would have a 50% chance of survival at best. The pathology report came back 3 days later: 5 of the surrounding lymph nodes had cancer. Now I was really frightened. This nightmare was not going away. I was consumed with thinking about dying. When I looked at my daughters I would cry. Would I see them grow up? Would they be all right without me?

I started chemotherapy 3 weeks later with an oncologist named Dr. Marc Hirsh who had a practice a few miles from my home. I knew he had an excellent reputation as a physician, and I knew he was a man of great faith. But there was no way I could know that God had something more in store for our lives.



I was scheduled for weekly chemo for one year. Unfortunately, the treatments made me feel very sick. I developed many terrible side effects. The palms of my hands and the soles of my feet turned flame red and felt like they were on fire. My joints swelled and I could hardly bend my fingers. I had to walk on the sides of my feet and my skin peeled off them three times.

At this time, I counted people in 16 states praying for me and my pastor-husband. I now believe God was *allowing* me to suffer so I could have a ministry to suffering people. I stopped my chemo after 6 months because of the intense allergic reactions. I kept thinking how happy I should feel, but I didn't. I was overcome with sadness for the other patients. I wanted to take away their pain, but I couldn't. I wanted to give them peace, but I couldn't. Then God "spoke" to my heart: "But you know the One who can, and you can tell them about Me."

If you ever have felt God leading you to do something, you know you won't be at peace until you agree. I started the Cancer Prayer Support Group in October 1991 with just 4 people. And to my surprise, I felt *better* after the meetings instead of worse. We started meeting twice a month and hundreds of patients and their families have come to the group over the years.

I'm glad I obeyed God's call, as my support group brought me some of the greatest joy in my life. Then in April 1996 my oncologist offered me a job in his practice as a Patient Advocate who would minister to the emotional and spiritual needs of cancer patients and their families. And that is just what I did beginning in May 1996. When we began this venture there were no models to follow and no how-to books to read. So we prayed and we "made it up" as we went along. In May of 2015 I retired from that full-time job, but not from my ministry to cancer patients and their families.

And my message is still the same: This life is not always fair, but this life is not all there is. God loves you with an unconditional love. He has the power to work together all things for good for those who love Him. God can do immeasurably more than we can ask or imagine. He can be trusted. I know … my life is living proof.

https://lynneib.com/my-story/

Lynn Eib



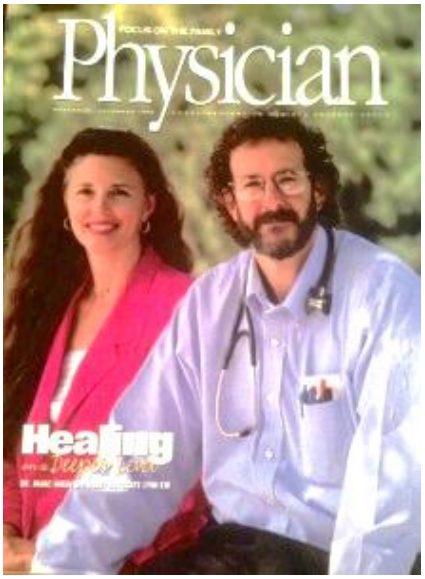
Debería haber sido el ejemplo de salud y bienestar. Tenía 36 años, estaba felizmente casada y tenía 3 hijas maravillosas. No fumaba ni tomaba, y me consideraba una «fanática de la salud» en lo que respecta a mis hábitos alimenticios. Llevaba años haciendo ejercicio con regularidad. Me veía bien y me sentía bien… pero por dentro me estaba muriendo poco a poco.

El 27 de junio de 1990 fue el día en que mi mundo se derrumbó. Tuve un examen del colon y el medico me dijo que había encontrado un tumor. «¿Crees que es cáncer?», le pregunté sin pensarlo. Él asintió con la cabeza mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

Aún puedo ver el rostro pálido de mi esposo mientras estaba parado al pie de la cama. Sabía que esto era su peor pesadilla repitiéndose, ya que unos 20 años antes un médico se había acercado a él y a su primera esposa para decirles que ella padecía la enfermedad de Lou Gehrig. Comencé a sollozar y a gritar «¡no!», como si de alguna manera la fuerza de mis palabras pudiera hacer que mi diagnóstico no fuera cierto. No hay palabras para describir cómo se siente que te digan que tienes cáncer cuando tus hijas tienen 8, 10 y 12 años, y tu esposo ya había perdido una esposa tras una enfermedad parecida. Decir que estaba en shock y devastada es quedarse corto. Regresé al hospital 3 días después, orando para que Dios, de manera milagrosa, eliminara el tumor.

Luego tuve mi operación. Me extirparon el tumor y me resecaron el colon. Si el cáncer se detectaba en una etapa temprana, se me consideraría curado y no se necesitaría ningún tratamiento adicional. Si estaba avanzado, tendría un 50 % de posibilidad de sobrevivir, en el mejor de los casos. El informe patológico llegó 3 días después: 5 de los ganglios linfáticos tenían cáncer. Ahora sí ya tenía mucho miedo. Esta pesadilla no se acababa. No podía dejar de pensar en la muerte. Cuando veía a mis hijas, lloraba. ¿Las vería crecer? ¿Estarían bien sin mí?

Comencé la quimioterapia 3 semanas después con un oncólogo llamado Dr. Marc Hirsh, quien tenía su consultorio a unas millas de mi casa. Sabía que tenía una excelente reputación como médico y que era un hombre de gran fe. Pero no me esperaba lo que Dios tenía reservado para nuestras vidas.



Me programaron quimioterapia semanal durante un año. Desafortunadamente, los tratamientos me hicieron sentir muy mal. Sufrí muchos efectos secundarios terribles. Las palmas de mis manos y las plantas de mis pies se pusieron rojas y sentía como si estuvieran en llamas. Se me hincharon las articulaciones y apenas podía doblar los dedos. Tenía que caminar apoyándome en los costados de los pies y se me peló la piel de ahí 3 veces.

En ese momento, conté que había personas en 16 estados orando por mí y por mi esposo, que es pastor. Ahora creo que Dios me estaba permitiendo sufrir para que pudiera tener un ministerio dedicado a las personas que sufren. Dejé la quimioterapia después de 6 meses debido a las intensas reacciones alérgicas. Pensé que iba estar feliz, pero no era así. Me invadía la tristeza por los demás pacientes. Yo quería quitarles el dolor, pero no pude. Quería darles paz, pero no pude. Entonces Dios «me habló» al corazón: «Pero tú conoces a Aquel que sí puede, y puedes hablarles de Mí».

Si alguna vez has sentido que Dios te guía a hacer algo, sabes que no estarás en paz hasta que lo aceptes. Fundé el Grupo de Apoyo y Oración para el Cáncer en octubre de 1991 con solo 4 personas. Y, para mi sorpresa, me sentía mejor después de las reuniones, en lugar de peor. Comenzamos a reunirnos 2 veces al mes y, a lo largo de los años, cientos de pacientes y sus familias se han unido al grupo.

Me alegro de haber respondido la llamada de Dios, ya que mi grupo de apoyo me brindó algunas de las mayores alegrías de mi vida. Luego, en abril de 1996, mi oncólogo me ofreció un puesto en su consultorio como defensora de pacientes, para atender las necesidades emocionales y espirituales de los pacientes con cáncer y sus familias. Y eso fue precisamente lo que hice a partir de mayo de 1996. Cuando empezamos esta aventura, no había modelos a seguir ni libros de instrucciones que pudiéramos leer. Así que oramos y fuimos "improvisando" sobre la marcha. En mayo de 2015 me jubilé de ese trabajo de tiempo completo, pero no de mi ministerio con los pacientes de cáncer y sus familias.

Y mi mensaje sigue siendo el mismo: esta vida no siempre es justa, pero esta vida no es lo único que hay. Dios te ama con un amor incondicional. Él tiene el poder de hacer que todas las cosas obren para bien de quienes lo aman. Dios puede hacer mucho más de lo que podamos pedir o imaginar. En Él se puede confiar. Lo sé… mi vida es la prueba viviente de ello.

https://lynneib.com/my-story/